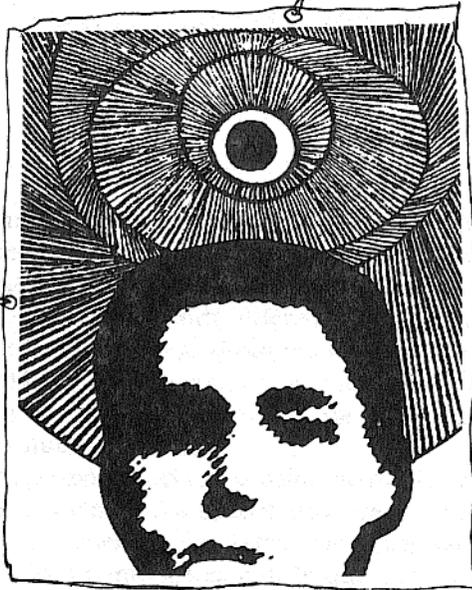


**SOCIEDAD Y SOCIOLOGIA  
EN AMERICA LATINA  
(NOTAS PARA UNA DISCUSION)**

**ANIBAL QUIJANO**



## SOCIEDAD Y SOCIOLOGIA EN AMERICA LATINA

*Aníbal Quijano\**

Desde la institucionalización efectiva de la Sociología, como práctica social de investigación concreta y de representación teórica de la realidad social, en América Latina han transcurrido aproximadamente poco más de dos décadas, con no muy grandes diferencias de calendario entre los países. Y no es inútil, quizá, detenerse ahora para intentar una revisión de nuestros actuales problemas, cuando comienzan a ser frecuentes, voces que nos dicen de una crisis o, por lo menos, de una sensación de perplejidad que se estaría instalando en nuestro ámbito.

Lo que me propongo en esta ocasión no es, sin embargo, un balance del desarrollo teórico y metodológico o siquiera temático, de la disciplina en estos años, ni dar cuenta de nuestros descubrimientos en el estudio de la realidad social latinoamericana, o de lo que no ha sido hecho. Lo que trato de hacer, más bien, es ordenar algunas reflexiones acerca de los modos en que sociedad y sociología se han afectado mutuamente con sus encuentros y desencuentros, durante esta turbulenta etapa de nuestra historia.

No hace falta poner énfasis en la provisoriedad de las notas que siguen, puesta ya de manifiesto por su mismo carácter general. No obstante, los problemas que tocan y las cuestiones que abren, son sin duda pertinentes para un necesario debate en la indagación de las perspectivas posteriores de nuestra práctica científico-social.

---

\* Profesor visitante, Centro de Investigaciones Sociales, UPR, Río Piedras.

## El contexto de la institucionalización: la sociedad problema

Cuando la Sociología comienza, en América Latina, a generalizarse como práctica social institucionalizada (al comenzar la década de los años sesenta) la sociedad estaba en todos estos países, recorrida por convulsiones que afectaban cada uno de sus ámbitos de existencia, y que al término de la década previa habían ya desembocado en la primera gran revolución social del Continente, y que producirían también, casi en los inicios de la siguiente, la primera gran contrarrevolución: Cuba y Chile, respectivamente.

No es posible, en los límites de estas notas, desplegar en su amplitud y profundidad los procesos y los problemas que signaban entonces el drama latinoamericano, y que son, por lo demás, hoy por todos reconocidos. Sumariamente, se podría señalar como los más importantes elementos de esa crisis, los siguientes:

1. Tensiones en los patrones de acumulación imperantes, porque, de un lado, está agotándose la capacidad de reproducción de la peculiar articulación entre capital y pre-capital, en que se sostenía en parte la acumulación y el tipo de control imperialista establecidos desde comienzos del siglo XX. De otro lado, las nuevas bases urbano-industriales, ya dentro de la internacionalización de la estructura productiva del capital, y la formación de un circuito interno, aún no tenían plena afirmación, precisamente por la persistencia del anterior y declinante patrón de acumulación.
2. Expansión y diversificación del capital, como relación social de producción, ocupando irregular y desigualmente nuevos sectores productivos, especialmente urbano-industriales, pero también rural-agrarios, sin que terminaran de desintegrarse las relaciones de origen precapitalista y las diversas formas de su vinculación con el capital.
3. Reconfiguración del espacio de la sociedad, en las líneas de una nueva distribución de la estructura de la producción y del poder social y político. Eso implicaba una nueva estructura regional dentro de cada país; la continuada aceleración de la urbanización de la economía, del poder y de la población, que se nutría de, e impulsaba la desvinculación de población y de mano de obra de sus previas tramas sociales, en los movimientos migratorios de vastos contingentes humanos.
4. Reestructuración de las relaciones de poder, por la declinación del señorío terrateniente en todos los países en que aún había persistido como toda una clase social; de sus alianzas con los sectores burgueses agroexportadores y financieros, internacionales o internos; la rápida diferenciación intraburguesa, por la expansión y fortaleci-

miento relativo de los sectores urbano-industriales; la ampliación y la diversificación de la pequeña burguesía y de nuevas capas medias profesionales, con tendencias a la burocratización y tecnocratización; la expansión y la diversificación de la población obrera y semi-obrera, ante todo en las ciudades, pero también en el campo; la reducción del campesinado siervo y semi-siervo, y la diversificación social del campesinado en su conjunto.

5. Tensiones y conflictos hegemónicos en el Estado. En unos pocos países, donde el carácter burgués de las bases sociales del Estado se había depurado y afirmado previamente, aquellos conflictos se fundaban, de una parte, en la diferenciación de intereses de grupo dentro de la burguesía, generada por los cambios en sus modos de relación con el proceso de internacionalización del capital. Y de otra parte, en las diversas respuestas que, sobre esa base, se desarrollaban en la clase dominante frente a las presiones de obreros y capas medias en busca de influir en las decisiones del Estado. En casi todos los demás países, todos esos factores se entrecruzaban con los que provenían del no agotado proceso de depuración de las bases sociales del Estado, en una dirección burguesa de contenido urbano-industrial, por la declinación del señorío terrateniente y de su lugar en el poder central, la ruptura de sus alianzas con fracciones burguesas agroextractivas y la declinación relativa del poder de éstas mismas. Ese proceso, se fundaba en la irregular pero efectiva desintegración de las relaciones de producción que dominaba el señorío terrateniente, y frente a la ofensiva de vastos movimientos campesinos, paralelos a los de obreros y estudiantes en las ciudades, radicalizados bajo el impacto ejemplar de la revolución cubana. Esa crisis hegemónica dentro del Estado, fue expresada por los varios "populismos"; agudizada en algunos casos por las guerrillas; y más adelante resuelta, en el marco burgués, por los diversos militarismos.
6. Este convulso escenario produjo diversas representaciones ideológicas, algunas de ellas entroncadas a los debates habidos en los años veinte y treinta. Términos nuevos, que se incorporaron al vocabulario latinoamericano desde la década anterior, en los sesenta alcanzaron la calidad de conceptos claves de las ideologías en conflicto: desarrollo, subdesarrollo, modernización, planificación, sumándose a los de nacionalismo, dependencia, reforma, revolución, e hibridándose con ellos de variadas maneras: desarrollismo modernista, desarrollismo nacionalista, nacionalismo revolucionario, socialismo todavía implicando el "socialismo realmente existente", ocuparon ámbitos sociales e institucionales no necesariamente coherentes.

### ¿La sociología, promesa...?

En cierto sentido, esas circunstancias latinoamericanas ayudan a explicarse por qué la Sociología y con ella otras ciencias sociales, comienzan, precisamente entonces, a instalarse y a legitimarse en nuestros países: un sentimiento de urgencia de explicación y de comprensión racional, científica, de los problemas, acompañaba en todas partes la emergente conciencia sobre el cambio social y la necesidad de intervención racional en el proceso. Si era necesario "planificar" el "desarrollo", eso no podía hacerse sin conocer las "variables" pertinentes, que incluían los "aspectos sociales", insistía la creciente literatura sobre los problemas del desarrollo, desde los años 50s.

Desde esta perspectiva, la rápida generalización de centros de formación de sociólogos y de centros de investigación en América Latina, puede ser ubicada como una de las señales principales del proceso de cambio social y especialmente en el universo ideológico de la región. La Sociología, como toda una práctica social específica y diferenciada de conocimiento, obtenía así su legitimidad y su institucionalización, como portadora de una auténtica promesa social, la de permitir una intervención humana racional en su propia historia, sobre el fundamento seguro del conocimiento científico de los factores que constituyen la trama de la sociedad y de sus movimientos de cambio.

No es que la idea fuera nueva en América Latina. Para testimoniar lo contrario, es suficiente recurrir a los notables debates e investigaciones habidos en muchos de nuestros países, sobre todo en la década de los 20s., y a los perdurables descubrimientos de un Mariátegui. Lo que era nuevo, era la amplitud de las bases sociales que permitían una legitimidad y una esperanza tan fuertes, en el valor de la racionalidad científica para enfrentarse a la sociedad y a la historia, no ya solamente a la naturaleza. Y eso era también, sin duda, un signo del cambio que se operaba en estos países.

La Sociología que iniciaba su proceso de institucionalización, vista ahora con cierta distancia, no estaba, sin embargo, enteramente apta para cumplir con las expectativas que aguardaban su acción y su desarrollo, y pronto comenzó a tropezar con ella misma, mientras se veía obligada, además, a enfrentar la resistencia de una parte de las fuerzas e intereses sociales dominantes, empeñada en trabar todo aquello que pudiera, en algún modo importante, colocar en la conciencia colectiva las bases y los mecanismos de la dominación.

De una parte, la disciplina llegaba aquí, en su primer momento, no como un producto de la historia científica e intelectual latinoamericana, sino como prolongación de una historia ya larga en los centros dominantes de poder internacional, con un arsenal de teorías, técnicas y supuestos epistemológicos, que no admitían sino ser "aplicadas" a nuestra realidad,

ajenas a la especificidad de nuestra experiencia y a la historicidad concreta de sus determinaciones.

El funcionalismo y el estructural-funcionalismo, y sus fundamentos neopositivistas y en parte neokantianos, se instalaron en el dominio de la naciente práctica de la Sociología, en nuestros países, ocupando nuestras cabezas e imponiendo sus códigos en nuestras primeras destrezas de investigación. Pero, no obstante el coherente atractivo de sus proposiciones teóricas, apoyadas en la autoridad de nombres célebres en las ciencias sociales anglosajonas, y, sobre todo, en la casi tangible codificación de su tecnología de investigación, tales vertientes sociológicas revelaron pronto su relativa impotencia para producir el conocimiento de nuestras sociedades hasta sus raíces; para desocultar las bases y la naturaleza de la dominación existente, local e internacionalmente, y para producir una visión al mismo tiempo global, contradictoria y móvil e histórica de la realidad social.

Y no se trata de que no produjeran, o no fueran capaces de producir conocimientos reales y científicamente afirmados y organizados sobre la realidad social. De hecho, entonces como ahora, han permitido el conocimiento serio de una numerosa cantidad de fenómenos y han levantado cuestiones relevantes. El problema es que esos conocimientos no lograban, por su naturaleza atomística y por el nivel en que tocan a la realidad, servir de base para una representación teórica global e histórica de esa realidad. Y aquello ya era crecientemente una aspiración efectiva de sectores importantes de la sociedad y de sus estudiosos, precisamente por la propia promesa desplegada por la ciencia social, de dar acceso a un conocimiento científico que no solamente implicara un aspecto o un fenómeno parcial, sino la estructura y los movimientos globales y más profundos de la sociedad; capaz de permitir una real intervención racional en su proceso entero y no únicamente en el manejo de un aspecto aislado y aislantemente tratado.

No fue, por eso, muy largo el tiempo en que pudo abrirse paso una doble cuestión para la naciente sociología latinoamericana. Una, implicaba un conflicto interno, entre las corrientes teóricas y metodológicas dominantes y las opciones críticas y/o alternativas. Otra, consistía en el hecho de que la Sociología como disciplina, inclusive bajo el dominio del funcionalismo, entraba de todos modos en colisión con una parte de las fuerzas sociales dominantes, las cuales, en el tramonto de un patrón de dominación a otro, estaban perdiendo su previo lugar en el poder y lo sentían. Y, mucho más aún, las corrientes sociológicas alternativas o todavía solamente críticas, entraban claramente en conflicto con las ideologías y los intereses dominantes. La Sociología, pues, se institucionalizaba también, en cierta medida, como una ciencia de oposición.

Fueron esos problemas, sin duda, los que ayudaron a la aceleración del conflicto interno en la disciplina, puestos en cuestión su carácter y sus perspectivas y posibilidades reales en nuestra sociedad. Al mismo tiempo,

hicieron posible una más clara conciencia de las vinculaciones entre unas y otras opciones en la definición de ese carácter y los intereses y las ideologías existentes en la sociedad.

De una parte, en la sociedad estaban en debate los problemas del desarrollo-subdesarrollo, las condiciones y las vías del cambio, así como su profundidad y sus límites. En el modo en que la investigación concreta y las representaciones teóricas eran producidas y ubicadas frente a ese debate, era perceptible sin mucha dificultad, el compromiso social implicado en cada opción. Por eso, también, aquellos fueron los años de frecuentes y agudos debates sobre el "compromiso social" del sociólogo y de la sociología. Y en ese contexto, el funcionalismo y el estructural-funcionalismo y todo su andamiaje epistemológico y tecnológico, aparecieron pronto en su condición de sustentos científicos del desarrollismo modernista y del reformismo democrático-nacionalista.

El debate interno de la Sociología, se desarrolló así en estos países, como parte del debate sobre la sociedad y sus tendencias y necesidades y alternativas de cambio; pues solamente en el esfuerzo de aprehenderla eficazmente en el conocimiento, fue posible poner en cuestión el valor científico del instrumental categorial y técnico de las corrientes dominantes en la disciplina. En ese sentido, se puede señalar que la crítica del estructural-funcionalismo y sus supuestos, categorías y técnicas de producción del conocimiento sociológico, en tanto que parte de un esfuerzo por producir desde dentro de nuestra propia experiencia histórica las preguntas significativas para el conocimiento, implicaba necesariamente una suerte de "latinoamericanización" de la propia disciplina, y aunque paradójicamente en apariencia, como la manera mejor de acceder a su carácter efectivamente universal y científico.

Ese debate fue estimulado, naturalmente, por la rápida agudización de los conflictos político-sociales en toda la región. Los movimientos campesinos, obreros, estudiantiles, la diferenciación ideológica en la iglesia cristiana, y las diferenciaciones y pugnas en el bloque de poder dominante, se tradujeron en secuencias de regímenes "populistas" y golpes militares, que en ciertos casos cortaban también el curso "populista" de regímenes resultantes de revoluciones democrático-nacionalistas: Bolivia (1964), Brasil (1964), Argentina (1966), y poco después Perú (1968), Ecuador (1970), los dos últimos con características peculiares, señalan los más importantes de esos hechos. Reforma, revolución y contrarrevolución, se agitaban sobre cada vez mayor número de países de la región, anunciando sus violentos avatares de la década siguiente.

### **Del estructural-funcionalismo al "dependentismo"**

La crítica del estructural-funcionalismo acompaña, en algunos países, a la propia iniciación de la institucionalización de la Sociología (Calelo, 1969;

Graciarena, 1967; Nun, s.f.; Quijano, 1965). Sin embargo, podría decirse que no es sino desde mediados de la década de los 60, que la crítica va avanzando hacia una propuesta alternativa y solamente en la medida en que la investigación y la reflexión sobre los problemas del desarrollo-subdesarrollo, va exigiendo a los sociólogos una constante ampliación y profundización de perspectivas que, rebasando los límites del marco de modernización-tradición, permita encontrar y formular interrogaciones significativas para producir conocimientos eficaces sobre la realidad.

Desde el comienzo, la crítica del estructural-funcionalismo señala en éste su impotencia para producir un conocimiento afin con el carácter contradictorio de la realidad social; el modo ahistórico de su representación teórica de aquella; su fijación en la producción de conocimientos aislados sobre cuestiones aisladas, en lugar de buscar el lugar y el sentido de las partes en una totalidad y desde la perspectiva de ésta. Reclaman, en fin, contra la compartimentación de las disciplinas que estudian la sociedad y su historia, dentro de linderos que bloquean el conocimiento unitario y global de una realidad; y contra la pretensión de un objetivismo naturalista, que so pretexto del conocimiento objetivo, excluye interrogaciones acerca de la relación entre los hechos y los intereses sociales, impidiendo de ese modo la constitución de un modo de conocimiento en que la dominación conflicto y sus respectivos agentes y portadores sociales, puedan ser reconocidos y cuestionados.

Con toda la palmaria importancia de tales cuestiones, mal podría sugerirse que el debate con el estructural-funcionalismo fue planteado y resuelto en un plano teórico y metodológico abstracto, salvo parcial y generalmente. Esto es, que se obtuviera una propuesta alternativa configurada en este plano y a partir de él, y en consecuencia dotada al mismo tiempo de supuestos epistemológico-metodológicos y de categorías afirmadas. En la práctica, fue ante todo en el debate sobre los problemas sociales concretos, sobre los conflictos sociales y políticos que se planteaban en la problemática del "desarrollo", que fue instalándose una primera alternativa.

Para que el debate hubiera sido posible de otro modo, habría sido necesario que una teoría alternativa plenamente establecida, fuese patrimonio real y explícito de la cultura científica de los investigadores sociales latinoamericanos de entonces. Y no se trata, desde luego, de que tal alternativa teórica no existiera en abstracto. La orientación general y los supuestos desde los que se hacía la crítica de la Sociología dominante, dan cuenta de su procedencia vinculada al marxismo. El problema es que de modo históricamente concreto, y como patrimonio social y no solamente individual, el marxismo, en la América Latina de ese momento, no estaba en condiciones de proveer la requerida alternativa en todas sus implicaciones.

Desde los años treinta, sobre todo, el marxismo se había ido estableciendo en estos países, mucho más como una filosofía social, como "materialismo histórico", que como una genuina teoría materialista de la historia.

El prolongado período de dominio burocrático, con sus exigencias de pragmatismo tecnocrático en la acción y en la reflexión, había impuesto —y no solamente en América Latina— una visión del marxismo como una doctrina, apta por su carácter para “ortodoxias”, con sus correspondientes “desviados”, “herejes” y “renegados”. Impregnada, además, en gran medida, de las mismas perspectivas de evolucionismo y determinismo positivistas, que se cuestionaban en el estructural-funcionalismo, y de una manera eurocentrista de usar las categorías teóricas, que impedía reconocer la específica historicidad de los fenómenos y de sus determinaciones en América Latina; y que sólo permitía, en consecuencia, “aplicar” las categorías desde fuera de la experiencia concreta, como una plantilla clasificatoria y nominalística. No era, pues, accidental la ausencia de investigaciones concretas, desde la perspectiva de una teoría materialista de la historia, de los patrones de acumulación y explotación, de constitución y conflicto de clases concretas, de sus intereses y culturas específicas, concretamente determinadas, de sus movimientos en el Estado; ni el dominio de una literatura de denuncia de los efectos de la dominación y de la explotación, más que de análisis de sus modos concretos de constitución y de sus tendencias de cambio.

Si bien, por lo tanto, ese marxismo podía ya proveer de ciertos elementos generales, de una cierta perspectiva, para orientar la crítica de las corrientes dominantes en las ciencias sociales, no lo estaba, en cambio, para dotarnos de toda una alternativa teórica y metodológica, en el debate científico abstracto y en la investigación concreta de nuestra realidad social. Y eso era sentido, particularmente, frente a la compacta tecnología de producción y de organización de datos y de medidas en la investigación orientada por los enfoques procedentes del funcionalismo y del estructural-funcionalismo, terreno en el cual ese marxismo parecía no tener nada que ofrecer. Todos recuerdan, seguramente, cómo esa perplejidad se traducía en esa etapa, en una generalizada práctica de organizar los estudios de problemas o de fenómenos particulares, presentando primero un llamado “marco teórico” en que se criticaba los enfoques funcionalistas y se proponían alternativas, para enseguida mostrar datos producidos y organizados, con todo rigor, con la tecnología estadística fundada en los supuestos antes cuestionados, y arribar, sin embargo, a unas “conclusiones” tributarias del “marco teórico”, pero muy poco de los propios materiales del trabajo.

Ese particular enmalezamiento entre “una epistemología de derecha y una ideología de izquierda” (Quijano, 1977), en la cultura y en la práctica de la investigación científico-social de ese momento, estuvo presente en medidas sin duda muy diferentes entre los investigadores en el estudio concreto y en el debate de los problemas del “desarrollo-subdesarrollo” latinoamericano sobre todo en una primera etapa. Y no dejó de afectar las vertientes más “desarrollistas” de lo que comenzaba a configurarse como la así llamada

“teoría de la dependencia” o “dependentismo”, frente a la “teoría de la modernización”.

Tras el ya largo debate sobre el “dependentismo”, no hay aquí necesidad de prolongarlo todavía más. Es pertinente, sin embargo, señalar que, desde la partida, la problemática de la dependencia se instauró en América Latina, precisamente asumiendo como la cuestión central del debate y de la investigación, la del “desarrollo-subdesarrollo”, constituida en el terreno de la “teoría de la modernización” y no la de la “explotación/dominación”, y, en consecuencia, de la “revolución”. Y eso muestra que las preguntas a la realidad eran todavía producidas desde el estructural-funcionalismo y no desde la teoría materialista de la historia.

Fue, pues, precisamente en ese marco y en esa dirección, que se hizo necesario destacar que los límites y características del “subdesarrollo”, los factores subyacentes, no se agotaban en las prácticas culturales como quería la “teoría de la modernización” y sus supuestos sociológicos; y que era preciso obtener una visión global de la problemática latinoamericana. En ese camino, era inevitable descubrir la dominación imperialista, como uno de los componentes sustantivos del “subdesarrollo”.<sup>1</sup> Pero, puesto que la cuestión del imperialismo era planteada desde y dentro de la problemática del “desarrollo” y no de la “explotación/dominación” y de la revolución, su tratamiento y estudio arriesgaba, y arriesgó, quedarse en el laberíntico puente que recorre entre el problema nacional y el de clase. Eso ayuda a explicarse el impacto inicial de la formulación frankiana sobre “el desarrollo del subdesarrollo”, dentro del esquema “metrópoli-satélite”, que retomaba, simplificadoramente pero con una ideología radical, lo que ya la economía política desarrollista, de cuño cepalino, había puesto en circulación en la década previa, bajo la fórmula de “centro-periferia”.

Y puesto que era la “dominación” el dato principal que esa perspectiva resaltaba, en la cuestión del imperialismo se aludía pero no se estudiaba su fundamento de clase y de acumulación-explotación, frente a la visibilidad privilegiada del dominio en el intercambio y en el control de las decisiones políticas.

Sin embargo, es necesario recordar que los principales autores, y no solamente los más conocidos, del debate sobre la dependencia, llevaron su trabajo discutiendo críticamente este marco inicial. Y aunque una buena parte del debate se centró entonces, y ha centrado en la lectura posterior, en la cuestión de la exterioridad-interioridad de la dependencia, como un modo de no quedarse en lo nacional y abrir los problemas de clase, alrededor de ese núcleo se constelaron muchas otras cuestiones que todavía están abiertas a la

<sup>1</sup> Recuérdese que el propósito inicial del trabajo de F.H. Cardoso y Enzo Faletto: “Dependencia y Desarrollo en América Latina”, fue precisamente la elaboración de una problemática global del “subdesarrollo-desarrollo”.

investigación y a la discusión.

De otro lado, la "dependencia" que fue inicialmente propuesta como cuestión y como fenómeno a ser estudiado, con o sin relación con el problema del "desarrollo-subdesarrollo", pronto fue recogida por algunos como una categoría en sí misma y, en consecuencia, como punto de partida en una teoría. Si se recuerda, las proposiciones iniciales se referían a la necesidad de una posible "sociología de la dependencia",<sup>2</sup> aludiendo a la necesidad de estudiar los modos particulares en que se producían fenómenos generales, en formaciones sociales sometidas a una continuada dominación colonial e imperialista. Fue eso lo que, reiteradamente, Cardoso ha tratado de resaltar por medio de su formulación interrogativa: "¿teoría de la dependencia o estudio de situaciones concretas de dependencia?"

A partir de eso, el término "dependencia" pasó a ser para muchos, una suerte de descripción sincrética con pretensión de teoría, un "abstracted empiricism", en cuyo interior se podía alojar fenómenos y/o significaciones muy diferentes, y susceptibles de fundar lo mismo una ideología de desarrollo capitalista nacional, que una secuencia radical de propuestas revolucionarias. Fue Francisco Weffort, en su conocido trabajo, el primero en demandar la depuración teórica del debate (Weffort, 1971; Cardoso, 1971). Sin embargo, dadas estas derivaciones, ese debate fue muy pronto aprisionado en un inconducente esfuerzo de ubicar el "status teórico" de la "categoría" y de la "teoría de la dependencia".

Empero, fue probablemente esa ya invencible equivocidad del término, lo que, con notable velocidad, le conquistó la adhesión lingüística de un vasto, creciente y variopinto público, mientras ocupaba el centro del debate de la investigación social entera y no solamente sociológica, desde mediados hasta fines de la década. Entre el Congreso Latinoamericano de Bogotá (1964), primer escenario de la confrontación entre el estructural-funcionalismo y su crítica, con la presencia de casi todos los más citados autores de la sociología norteamericana, y el Congreso de México (1969), donde la generalidad de los concurrentes trabajaba ya desde la óptica de la "dependencia", habían pasado apenas cinco años. El Congreso de México, fue, también, la primera ocasión de un debate crítico entre los investigadores adheridos a esta corriente.

### La suma y la resta

Dichos ya por muchos los reparos, los malpasos y los límites del "depen-

<sup>2</sup> En la versión original de "El proceso de urbanización en América Latina" (mimeo, febrero 1966. Santiago, Chile), de Aníbal Quijano, puede encontrarse esa formulación. Una en el mismo sentido, se encuentra en los estudios de Georges Balandier: "Sociologie de l'Afrique Noire".

tismo", tampoco quiero aquí intentar un balance global y riguroso. Lo que me parece, empero, es que junto a la resta (confusión entre generalidad y abstracción; vaguedad vs. rigor conceptual; uso de "América Latina" como universo homogéneo; la "nación" como problema y como categoría central del debate, pero aludiendo a una perspectiva de clase; excepcionalidad de estudios sobre la acumulación-explotación-dominación) no es inútil hacer también un breve listado de su legítima herencia: la afirmación de una perspectiva totalizadora del conocimiento científico-social; la historización de la perspectiva; la búsqueda de la especificidad histórica y la explicitación de los límites de las categorías usadas desde una postura eurocentrista. Y, acaso lo más importante, el reencuentro con el debate marxista latinoamericano anterior a 1930 y con su descubrimiento básico, el papel reordenador del imperialismo en la configuración de las especificidades de la explotación/dominación y de procesos de clase en América Latina. Aunque siempre privilegiando a las estructuras frente a las prácticas de grupos y de movimientos sociales, fue en esa etapa que se inició el abordaje de procesos y de fenómenos concretos en diversas áreas de la sociedad. Los estudios sobre el "populismo", sobre la constelación oligárquica en el Estado, sobre la urbanización y la "marginalización", sobre la nueva burguesía que se afirmaba con las transformaciones del capitalismo, sobre la dominación cultural, no solamente modificaron los términos y las perspectivas del debate latinoamericano, sino también contribuyeron en gran medida a la apertura de similares o emparentados estudios en otras latitudes del llamado "Tercer Mundo". Envuelto en el magma del pantano que atravezaba, entre las ideologías heredadas y el redescubrimiento de nuestra realidad desde dentro, el "dependentismo" no puede dejar de ser reconocido como el momento de refundación efectiva del conocimiento científico-social latinoamericano, en lo que extravió o cerró, pero también, y sobre todo, en lo que abrió para el desarrollo posterior de la investigación.

De otro lado, sin embargo, es necesario también dejar planteada, por lo menos, otra cuestión, cuya indagación no está todavía suficientemente realizada. El "dependentismo" no puede ser enjuiciado solamente como parte del debate interno de la disciplina y de sus problemas teóricos y metodológicos. Es igualmente importante intentar ubicarlo en relación a la historia real de la sociedad en América Latina.

En tal perspectiva, el "dependentismo" requiere ser considerado en su condición de hecho ideológico y político, no solamente por haber habitado durante una etapa de tan intensas modificaciones sociales y políticas, la cabeza de gran parte de las masas de todas las clases y capas sociales, sino sobre todo por haber llegado a presidir la orientación deliberada de la conducción política de varios de los procesos de reforma revolución que se desarrollaron en estos países, principalmente Chile, Bolivia, Perú, Argentina, Uruguay, Ecuador, en diversas medidas.

En la crítica teórica de esta corriente de la producción de conocimiento científico-social, a ese hecho se alude sin duda al caracterizar el "dependentismo" como ideología de la pequeña burguesía, por ejemplo (Cueva, 1974). Tal caracterización se apoya en el carácter ambiguo de los supuestos teóricos del enfoque. Pero es probable que sea necesario ir más lejos, preguntándose por qué fue posible que una representación teóricamente ambigua, llegara a ser asumida de modo tan amplio y persistente por todas las clases sociales, como tales, durante toda una etapa. Y en este sentido, se puede sugerir que la naturaleza del conflicto de clases de ese momento en América Latina, no obstante sus (en abstracto) teóricamente definibles o depurables fundamentos y perspectivas, era también ambigua en lo inmediato, es decir en su manera de aparecer: el ciclo de la "revolución antioligárquico-nacionalista" no estaba aún agotado, cuando ya fracciones burguesas en curso de internacionalización pugnaban por ocupar el control del Estado, mientras de otro lado, ya fracciones importantes del proletariado comenzaban a orientarse en una dirección antiburguesa, sin haber roto aún plenamente con la envoltura "antioligárquica y nacionalista" de su previa ideología. Todas esas fuerzas sociales y políticas estaban presentes en el escenario, sin todavía capacidad de definir sus opciones políticas, ni diferenciar depuradamente los fundamentos y perspectivas últimas de sus conflictos. Y el "dependentismo" apto para recoger y ensamblar, ambigua y contradictoriamente, esos cruzados intereses, en un continuum en que éstos ocupaban en diversas dosis la representación de la realidad, fue el resultado de esa situación.

Fue por ello, probablemente, que movimientos político-sociales tan diversos como el "peronismo", el "vargo-goularismo", el "velasquismo", el "torrismo" y el "allendismo", para mencionar los más importantes, aparecieron impregnados, en proporciones y elementos diversos, según la composición de sus respectivas fuerzas sociales, de esa representación ideológica.

En breves términos, el "dependentismo" correspondió a un momento histórico en que no estaba terminado de agotarse el "populismo nacionalista", cuando ya el "socialismo revolucionario" tocaba las puertas. El modo en que las cuestiones nacionales y las de clase se machihembraron en la realidad, estaba presente en el "dependentismo". Partía del problema del "desarrollo" y, sin abandonarlo, planteaba, sin concreción en consecuencia, el de la revolución.

Por eso mismo, también, en el curso de esos años, la derrota de los procesos "populares" y "revolucionarios", sacó a flote, en la realidad y en el debate teórico, el modo en que se depuraban las luchas de clases. Se hizo necesario, entonces, y posible históricamente, recoger para la investigación las preguntas que la realidad planteaba, en una teoría despojada de ambigüedades.

## Del "dependentismo" al "modoproduccionismo"

En vinculación con lo anterior, la pregunta central que se colocó en el debate político, fue la naturaleza de la revolución de la que estarían preñadas nuestras formaciones sociales (¿socialista o democrático-nacionalista, o democrático-burguesa, o democrático-popular?), para definir según eso, no solamente las fuerzas sociales implicadas, en alianza o en conflicto, sino también las políticas y acciones requeridas para una perspectiva exitosa, sobre todo después de la imposición de la contrarrevolución en Chile.

Para contestar esa crucial interrogante, era indispensable (o lo parecía), indagar primero otra cuestión: el carácter básico de las formaciones sociales.

Y esa otra cuestión, comportaba explícitamente el enjuiciamiento del valor y pertinencia teórica de los supuestos y categorías teóricas utilizadas en los estudios sobre la "dependencia", en los que se recusaba el uso no marxista de categorías procedentes del marxismo, especialmente por la insistencia de algunos autores (Frank y sobre todo en sus primeros trabajos), en fundar el carácter capitalista básico de estas formaciones sociales, no en el carácter de las relaciones de producción sino en la monetización y la presencia del capital comercial.

El nuevo debate convergía, además, con la revitalización del debate teórico dentro del marxismo, particularmente sobre las cuestiones abiertas en la obra de Althusser y sus seguidores, y que estimulaba en América Latina una nueva "lectura" de *El Capital*.

De ese modo, en la nueva etapa, que comenzaba coincidiendo con la nueva década (los 70s.), los problemas de la producción del conocimiento científico-social en América Latina, se establecían por fin, ya no solamente dentro de la polémica política real, que había cambiado y depurado su eje social, sino también dentro del debate de la teoría materialista de la historia, y ya no en el puente entre ésta y el estructural-funcionalismo, como en el comienzo de la etapa anterior. La relación entre sociedad y ciencia social, tenía un nuevo punto de partida, en un nuevo nivel.

La llamada "teoría de la dependencia" pasó rápidamente a ser blanco de críticas, dentro y fuera de América Latina. Y desde el lado marxista, aquellas fueron orientadas, en gran medida, por la particular posición de los investigadores, dentro de las varias corrientes y organizaciones políticas en que se diferenciaba la izquierda latinoamericana. La mayoría de ellas adhería, entonces, sea a la corriente prosoviética o a la corriente "maoísta". Y ambas, por sus propias razones, pero coincidiendo en sus supuestos, estaban sobre todo interesadas en mostrar y demostrar que América Latina era, aún, habitada por formaciones sociales donde el feudalismo y el semi-feudalismo eran largamente predominantes, para fundamentar el carácter pre-socialista, democrático y popular, antimperialista en un sentido nacionalista, de la revolución implicada. Y tanto porque era el más célebre entonces,

como porque también era un blanco más fácil, fue Frank, naturalmente, el más atacado, y especialmente sus primeros trabajos, así como Cardoso, Faletto, Dos Santos, Marini. Una ocasión de debate colectivo entre los sociólogos, fue, a este respecto, el Congreso Latinoamericano de Costa Rica, en 1974 (Camacho, 1979).

El debate iniciado, obligó a empeñarse en investigaciones acerca del carácter del modo de producción imperante en nuestros países y sus implicaciones sobre la formación y el carácter de las clases sociales. Muchos investigadores se embarcaron en esa perspectiva. Y por esa vía, se han producido notables estudios sobre ese problema, en casi todos los países latinoamericanos.

Por el hecho de que la pregunta central —feudal o capitalista— obviamente no podía tener mejor escenario de indagación que el campo, los estudios se concentraron, y en algunos lugares aún lo están, en cuestiones agrarias y rurales en general.

Tres características merecen ser destacadas en esta etapa del desarrollo de la investigación. La primera, y que justifica su denominación aquí como “modoproduccionista”, es que en el esfuerzo de recuperar el rigor de la conceptualización marxista, una amplia parte de los investigadores tuvieron que apoyarse, implícita o explícitamente, en la particular lectura estructuralista que, de la teoría, se difundía, sobre todo desde Francia, bajo el impacto del althuserianismo y su vasta resonancia “manualista” en América Latina. Y fue, probablemente, resultado de ello que no pocos investigadores se concentraron, casi exclusiva y excluyentemente, en tratar de desentrañar el carácter de las relaciones de producción, y en inferir de allí todo lo demás en relación a las clases sociales y a sus intereses y movimientos políticos, llamando “modo de producción” nada más que a las relaciones sociales en el proceso directo de la producción.

Segunda, la indagación sobre los “modos de producción” —como equivalentes a relaciones de producción— llevaron gradualmente a un creciente sector de investigadores, a la necesidad de ahondar estudios del pasado histórico. Al mismo tiempo, por la naturaleza del problema, los estudios se fueron también orientando a las cuestiones económicas. De ese modo, la investigación social se ha ido haciendo histórica y económica, sin dejar de llamarse sociológica.

Durante esta etapa de predominio del “modoproduccionismo” en la investigación sociológica, que se viene agotando desde fines de la década pasada, se ha producido abundante literatura sobre las relaciones de producción en numerosas regiones, zonas, localidades; sobre la historia de sus transformaciones; sobre las relaciones de articulación entre modos de producción, en determinadas épocas o regiones particulares.

Tercera, el privilegio de la estructura, que ya era una de las características de los estudios sobre la dependencia, obtuvo bajo el “modoproduccio-

nismo" un lugar extremado, en desmedro de los estudios sobre las prácticas sociales concretas, de los movimientos sociales, de sus convergencias y conflictos concretos en el Estado. Y también, de todo esfuerzo de estudiar a las clases dominantes, en su concreción actual y en su cotidianidad; así como de las transformaciones de las relaciones de fuerzas y en la organización institucional del Estado. Inclusive, varias de las historias del movimiento obrero han sido ordenadas, principalmente, como historias institucionales de organismos gremiales y como recuento de momentos y de acciones de lucha, pero sólo en muy contados casos, dentro de una historia de la clase misma, en su proceso de hacerse, de construirse y de modificarse, como parte de la historia global de una dada formación social.

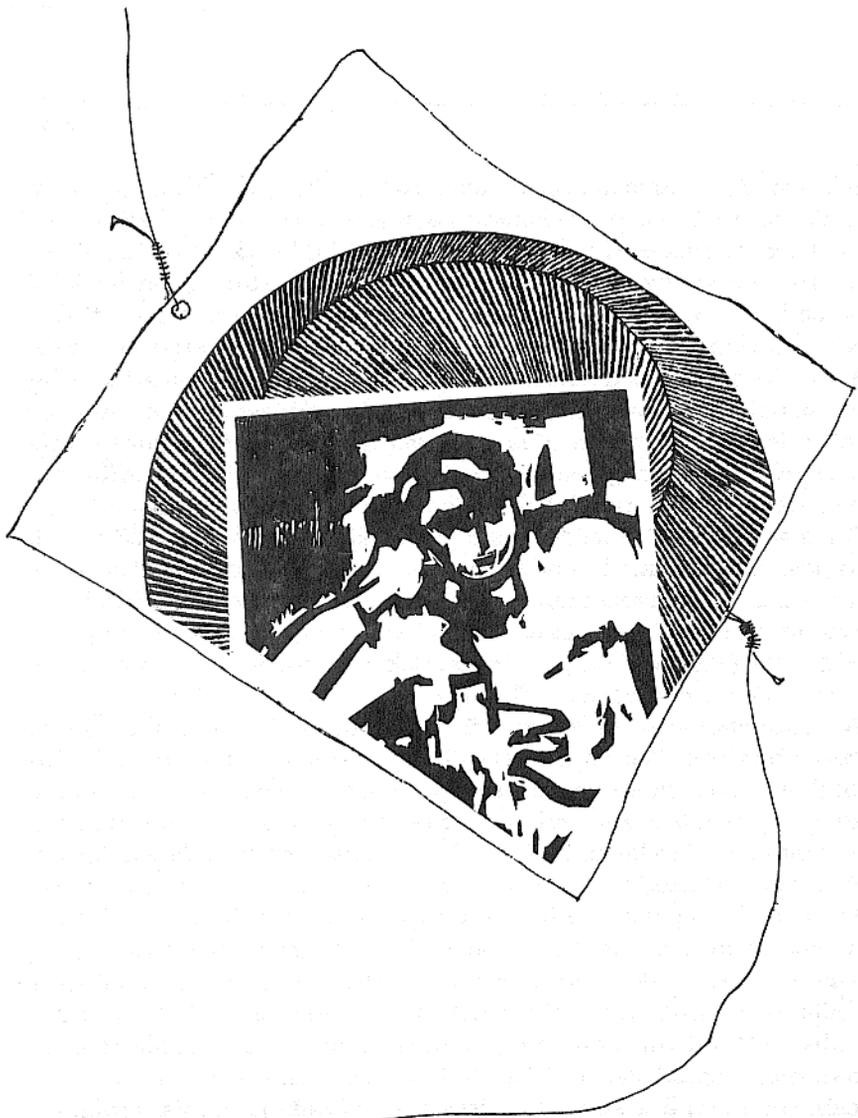
Mientras que el "dependentismo" se ha agotado, en lo fundamental, definitivamente, el "modoproduccionismo", aunque probablemente también comienza ya su agotamiento, se prolonga aún en los estudios históricos y económicos, hacia los cuales ha conducido a una parte de los investigadores sobre las relaciones de producción y las clases sociales. No es, pues, pertinente aún ningún intento de balance.

No obstante, puede quizás ya señalarse algunos de sus resultados más visibles. En primer término, a los más destacados de esos estudios se debe, sin duda, el más serio esfuerzo por el uso riguroso de las categorías conceptuales procedentes de la teoría materialista de la historia, teórica y técnicamente, como contrapartida a las ambigüedades discernibles en parte de la literatura sobre la dependencia.<sup>3</sup>

En segundo lugar, se puede observar que muchos de los que partieron, sobre todo en los países andinos, a demostrar el carácter aún básicamente feudal o semi-feudal de sus formaciones sociales, en el curso de sus estudios van admitiendo que las relaciones sociales de producción de carácter no-capitalista están desintegrándose y/o están subordinadas a la lógica de la acumulación capitalista, o están modificándose en su carácter y en su relación con el capital, en ambos casos especificando la propia configuración concreta de las condiciones de la acumulación capitalista. Así, las relaciones serviles y semi-serviles en particular, que ceden el lugar a relaciones capitalistas de diverso nivel o a una economía parcelaria de diferentes modos de relación con el capital. Y, por supuesto, debe anotarse el hecho de que varios de los más importantes estudiosos de las relaciones de producción en el campo (Archetti, Murmis, Bartra), no estaban ocupados en demostrar el carácter pre-capitalista de las relaciones de producción en el campo, sino en descubrir en la investigación concreta lo que la realidad contenía.

---

<sup>3</sup> Los más destacados estudios en esta perspectiva, están asociados a los nombres de Eduardo Archetti, Roger Bartra, Miguel Murmis, Salomón Kalmanovitz, Rodrigo Montoya, entre los más conocidos.



De otra parte, esta acumulación de conocimientos ha permitido también que se fuera consolidando en la investigación, la perspectiva colocada en los estudios sobre la dependencia y retomada desde los debates de los años 20s y 30s., de no someterse a la manera eurocentrista del uso de las categorías marxistas, buscando por el contrario la especificidad de las determinaciones y del carácter histórico concreto de los fenómenos sociales. Y aunque está aún en vilo el problema de la relación exterior-interior del imperialismo y de sus implicaciones para la historia de nuestras formaciones sociales, también va abriéndose paso la colocación de esa cuestión crucial, como una relación entre el todo (el universo capitalista) y las partes (cada una de las formaciones sociales dentro de ese universo), permitiendo de ese modo otorgar a la totalidad su lugar en el significado de cada parte, y al mismo tiempo, indagar en el carácter particular de las determinaciones de cada parte, para poder establecer la naturaleza y las tendencias cambiantes de las relaciones entre ambas.

De ese modo, no hay duda alguna de que hemos largamente avanzado en el camino de aproximarnos a una reconstrucción de la representación científica de la realidad social latinoamericana. No obstante, sigue planteada y aún irresuelta en amplia media, la cuestión de hasta qué punto el uso depurado y riguroso de las principales categorías marxistas en el estudio de las relaciones de producción y sus implicaciones sobre el fundamento de las clases sociales, implica por sí el empleo efectivo de la teoría materialista de la historia, como tal teoría. Esto es, como todo un movimiento del razonamiento que postula una representación totalizadora de la realidad, para ubicar el lugar y el significado de los fenómenos y que en ese sentido contiene, pero trasciende a cada una de sus categorías, o al ensamble de ellas a partir de sus solas relaciones lógicas, para presentarse como toda una perspectiva.

Si bien es cierto, o puede serlo, que es indispensable descubrir el carácter y la constitución interna de las relaciones de producción, para dar cuenta de las clases sociales implicadas, no se sigue necesariamente de ello, en la teoría, que el carácter de las luchas de clases y de sus perspectivas revolucionarias, agote su explicación en esa instancia de la realidad, sino que requiere dar cuenta de la totalidad del movimiento de la sociedad concreta, de la experiencia práctica de los movimientos sociales, ideológicos y políticos.

Y el hecho de que los estudios sobre los "modos de producción" no hayan llevado a ningún intento de representación global de ninguna formación social específica, con toda su obvia provisoriedad pero exigida para la elaboración de la problemática de las luchas de clases, como práctica concreta y no solamente como cambios de la estructura; que no tengamos estudios sobre las clases dominantes, sus cambiantes composición y relaciones de fuerzas; sobre los cambios en las bases sociales del Estado, y sus repercusiones en la propia estructura institucional de éste, y sobre otras

cuestiones de densidad equivalente, pareciera indicar que no es suficiente el uso riguroso de las categorías, como tales, pues ese rigor es incompleto por fuera de la perspectiva global a la que sirven, de la teoría como movimiento de la reflexión-investigación.

Una teoría de la sociedad fundada en la teoría de las luchas de clases implica una teoría de su posible revolución, no como movimiento de su estructura básica solamente, o como relación analítica entre diversas instancias estructurales, sino como práctica social constituída sobre y entre esas bases y como hecho de conciencia y de alternativas optadas, que modifican el carácter del movimiento de la historia, desde que sus actores no solamente viven, sino se miran vivir y eligen alternativas que no se agotan en el carácter inmediato de las relaciones de producción, técnica o tecnocráticamente registradas.

### **La sociologización de las ciencias sociales y el problema de la sociología**

Uno de los resultados notables de la institucionalización de la Sociología en nuestros países, y particularmente en la década última, ha sido el impacto de las perspectivas y cuestiones de la disciplina sobre todas las demás en las ciencias sociales.

En efecto, esencialmente la Historia, la Antropología y la Economía, actualmente se desarrollan no solamente impregnadas de una cierta "sociologización", sino que comienza a ser borroso y a veces inexistente el deslinde entre ellas y la Sociología, sobre todo porque es creciente el número de sociólogos cuyos trabajos son efectivamente, sobre todo históricos o económicos.

Esta situación tiene un sentido contradictorio. De un lado, parece cumplir el reclamo de comienzos de los 60s., de acabar con los linderos arbitrarios entre las disciplinas que concurren al estudio de la sociedad, para acceder a un conocimiento integrado de los fenómenos sociales. Y, además, no hay duda de que eso ha permitido el enriquecimiento de las perspectivas de las otras disciplinas, y también el desarrollo del rigor en el manejo de las categorías y de las técnicas de investigación entre los propios sociólogos, liberándolos de las constricciones de la tecnología funcionalista. Y en este específico sentido, esta convergencia entre las diversas ciencias sociales, es una clara ganancia en nuestra cultura científica.

No obstante, de otro lado, tal desarrollo parece darse, en numerosos casos, en desmedro de la propia perspectiva sociológica, ya que no puede negarse cierto abandono de la investigación efectiva de las clases sociales concretas, actuales; de las capas sociales que se multiplican y cambian en su lugar y su papel en el escenario social y político; de los movimientos sociales y de sus experiencias concretas en organización y formas de acción; de la cotidanei-

dad de la existencia social y de sus relaciones con el movimiento profundo de la estructura; de la cultura, como producto concreto y cotidiano y no solamente como abstracción buscada o rechazada; de las cambiantes relaciones de fuerzas entre las clases y dentro de ellas, aquí y hoy, para descubrir lo que eso significaba en las relaciones de fuerzas y organización institucional en que se expresan ellas como Estado; sobre las formas y bases del poder alternativo; en fin, del esfuerzo de ir integrando los conocimientos existentes en una representación teórica integrada de una formación social concreta y actual. Todo ello que fue y sigue siendo la promesa de la Sociología, parece haber eclipsado en favor del dominio de estudios históricos o económicos, cuando no de otros circunstanciales, dictados por los movimientos del capital que promueve preguntas y estudios ad-hoc.

Desde este punto de vista, la sociologización de las demás ciencias sociales, con toda la innegable importancia que ya tiene, parece haber sido todavía insuficiente, en la medida en que asumir más profunda y consistentemente la perspectiva sociológica, no podría dejar de implicar hacerse cargo, necesariamente, del movimiento actual y concreto de nuestras formaciones sociales, en cada una de sus instancias y en la articulación de cada una de ellas con el conjunto, incorporando tanto los estudios llamados económicos, como los propios estudios históricos. Los últimos no pueden ser exclusivamente referidos al pasado, porque la perspectiva histórica implica también el movimiento del presente. Y nada de esto, obviamente, supone, en caso alguno, desconocer el valor científico y político de la investigación histórica, para la constitución de una memoria histórica genuina, base necesaria de la reorganización constante de la conciencia social.

La difusión del uso de los supuestos y de las categorías de la teoría materialista de la historia, en América Latina ha ido ciertamente, desde la Sociología hasta las otras ciencias sociales. De modo que en el proceso de sociologización de las otras disciplinas, éste es uno de los elementos más destacados. Y aunque a costa del relativo abandono del estudio del movimiento actual de las formaciones sociales, en este transcurso hemos asistido al continuado desarrollo de la ciencia histórica, desprendiéndose del enfoque liberal y eurocentrista y convirtiéndose actualmente en quizás la más prominente, la más rigurosa y teóricamente consistente de la investigación científico-social de nuestros países.

El auge y el desarrollo de la investigación histórico-social, no es sin duda accidental en la historia del conocimiento social latinoamericano. Desde el comienzo mismo de la institucionalización de la Sociología, todos hemos tropezado con la ineludible necesidad de reconstruir la representación teórica de la historia previa de nuestras sociedades, porque ella había sido ocupada totalmente por la perspectiva ideológica de las clases dominantes, y en particular, por la de sus representantes liberales y eurocentristas. La memoria histórica de las clases dominadas, la cultura intelectual y popular,

estaban configuradas a partir de esos hechos, en buena medida. Era, por consiguiente, y no ha dejado de ser, una tarea necesaria y vital, la de reconstituir el pasado como parte integrante del movimiento histórico de estas formaciones sociales. De allí que no solamente estudiosos con formación profesional especializada en la ciencia histórica, sino numerosos sociólogos, se han visto conducidos a cubrir esa exigencia. Puede inclusive decirse que, en varios países, no solamente las primeras contribuciones importantes en este campo, provinieron de los sociólogos, sino también que a ellos se debe algunos de los más destacados estudios actuales.

El reclamo de una profundización de la perspectiva sociológica, en el conocimiento científico-social de nuestros países, en todas sus disciplinas particulares, y del rescate necesario de una identidad para la nuestra, no se dirige, pues, a restaurar los previos linderos, sino por el contrario, a volver a colocar en el primer plano del debate científico-social, las exigencias de una visión totalizadora, que desde luego incluye el pasado histórico y el presente igualmente histórico, y de donde proceden las interrogaciones significativas para la indagación de la realidad y para la producción de su conocimiento.

Este problema tiene aún otro aspecto que requiere atención. Y es que el relativo vacío de la investigación de lo concreto actuante, en su estructura y en su praxis cotidiana, que los estudios orientados desde la teoría materialista de la historia han ido dejando, no significa que no existan del todo investigaciones sociales sobre esas cuestiones y fenómenos. De lo que se trata, es que tales estudios muestran, en algunos países, una suerte de regreso del tipo de enfoques y de técnicas de origen estructural-funcionalista, aunque a veces presentados con una ideología de tono radical. En algunos países, eso es reforzado por una formación casi puramente ideológica que los estudiantes de sociología reciben en algunas universidades, y que puede llevar a una actividad que da todo por explicado e interpretado, sin lugar a la investigación. Como rechazo a esa situación, el empirismo vuelve a ser una salida alternativa.

### **La problemática perspectiva**

El agotamiento del "modoproduccionismo", con su sesgo estructuralista y economicista, que prolongaba de ese modo algunos de los rasgos ya presentes en el "dependentismo", ha convergido desde fines de la pasada década, con la instalación en América Latina, de una crisis que no se agota en lo económico, sino que afecta claramente a las propias bases de la cultura contemporánea, y para lo que interesa aquí, a los problemas de la producción del conocimiento científico-social.

En esta crisis, no está en cuestión solamente el capitalismo y sus representaciones ideológicas, sino también el "socialismo realmente existente" y sus resultantes en la ideología y la teoría. Las últimas afectan, como es natural,

sobre todo, al marxismo. Y a ello deben sumarse, o combinarse, las diversas experiencias de frustración y de desconcierto en América Latina, particularmente desde la contrarrevolución chilena en 1973, y que el resonante triunfo de la revolución sandinista en Nicaragua atenúa, pero mucho más en nuestra actitud o en nuestro ánimo, que en lo que toca a las cuestiones de producción del conocimiento científico-social.

América Latina no ha dejado de ser una caja de sorpresas (piénsese solamente en las recientes Malvinas), mostrando cada día más su profunda diversidad histórica específica, contra las prematuras generalizaciones interpretativas del "dependentismo" de los 60s., y mostrando que ningún automatismo se sigue entre los "modos de producción" y la naturaleza concreta de las luchas de clases y sus productos en el tiempo, contra el economicismo estructuralista del "modoproduccionismo" de los 70s.

Por todo ello, al mismo tiempo que la investigación social se ha ido haciendo también más diversa, aunque produciendo la primacía de las investigaciones históricas y económicas, también se ha ido instalando entre nosotros una perplejidad, cuando los "modelos" de interpretación y de investigación, no nos ofrecen la identidad y la seguridad que parecían prometer en las primeras etapas de nuestro trabajo. La "dependencia", el "modoproduccionismo", como el estructural-funcionalismo y su "teoría de la modernización", ya no pueden ser reconocidos como alternativas idóneas para producir las preguntas y las indagaciones, para dar a luz una problemática sociológica, como cada una de aquellas parecía contener en su momento.

Y, sin embargo, ahora son más rápidos y más intensos los cambios que alteran la fisonomía de cada una de nuestras formaciones sociales. No solamente porque la crisis desoculta muchas cuestiones previamente no vistas, o vistas de otro modo. Sino porque la crisis es, también, y sustantivamente, reorganización, reajuste, encuentros y desencuentros entre tendencias de reintegración sobre nuevas bases y de desintegración y estallido del entero armazón del poder, en estas formaciones sociales.

Es en gran parte nueva y cambiante rápidamente, la estructura de la acumulación-explotación, su estructura productiva y su división social del trabajo; lo es la composición y los intereses concretos de clases y fracciones de clases; sus relaciones internas de fuerza, sus secreciones ideológicas y sus movimientos políticos; son nuevas las formas de organización y de acción; el modo como se constituye la cotidianeidad y la cultura; el modo como se colocan las relaciones entre las cuestiones nacionales y las de clase; emergen nuevos actores colectivos, al margen de los canales convencionales de organización y de movilización; las relaciones de fuerzas que constituyen el Estado en cada momento; el modo en que se reorganizan las relaciones entre éste y el resto de la sociedad, y las formas institucionales que forman parte de ellas. De algún modo, las bases alternativas de otro poder, sea destinado a ser

ocupado y constituido por una burocracia perdurable, o para abrir las vías del poder directo de los productores y desarrollarse, contradictoriamente, contra todo poder, pueden estar formándose, en algunos casos, de hecho, lo están.

La investigación científico-social, y ante todo la sociología, no pueden dejar de enfrentarse hoy a tales núcleos de problemas, so pena de perder su lugar real en la historia y en la cultura vivas de esta sociedad. No tendría sentido alguno, aquí y ahora, proponer un "modelo" equivalente a lo que en su momento fueron las teorías de la modernización, de la dependencia o de los modos de producción. El agotamiento de los "modelos" de ese tipo, no necesariamente es una pérdida; puede ser una señal de maduración de nuestras posibilidades de re-conocer más diversificada, globalmente, desde dentro de ella misma, nuestra realidad. Entre otras cosas, en ese recorrido hemos ido ejercitándonos en el uso de instrumentos más diversos (históricos, económicos, antropológicos, demográficos), para poder abordar el estudio de fenómenos y cuestiones, con una estructura de producción de conocimientos más integrada, capaz de permitir indagar las raíces, ramificaciones y articulaciones de cada área de problemas en las diversas otras instancias de la realidad, y de aproximarnos a una representación científica totalizadora de ella.

Por otra parte, la crisis contemporánea —destructora como toda crisis, de "modelos" de poder y de conocimiento— nos está ayudando a reconocer el carácter constitutivamente contradictorio e inacabado de toda teoría, inclusive de la más apta para contener la más ceñida y rica representación de la realidad. Conduciéndonos, en consecuencia, a defender la teoría de toda mistificación como doctrina, para tener la posibilidad abierta de aprehender lo nuevo en el movimiento de la historia, sin lo cual ninguna pretensión de intervención racional en la constitución de nuestra existencia social, tendría sentido.

Si encaramos de ese modo lo que ocurre hoy con la teoría materialista de la historia, que aparece hoy revitalizándose y, simultáneamente, diversificándose en varios marxismos, podemos asumir este dato reconociendo que esa teoría, como todas, no es solamente una estructura de producción de conocimientos, sino, a la par, instancia de la relación histórica y cotidiana entre el hombre y su realidad, esto es, de la praxis social. En consecuencia, cada uno de sus núcleos de proposiciones, está vinculado contradictoriamente a esa práctica cambiante, por lo cual es continente y punto de partida de un debate siempre renovado, no la sede canonizatoria de alguna ortodoxia.

La lucha por la producción del conocimiento científico-social es, pues, parte de la contradictoria relación entre la teoría y las necesidades de la acción histórica. Por ello, todo conocimiento radical (en su doble sentido de profundidad y de totalidad), no proviene sino de la lucha por la transforma-

ción de la realidad. De ese modo, implica siempre el interés social de los explotados y dominados de este mundo, en las específicas condiciones de cada contexto, en cada momento. Y eso es, precisamente, bajo su paradójica apariencia, la base misma de la doble exigencia de nuestra disciplina, de ser fiel a la lucha por la transformación de la realidad, y, al mismo tiempo, al carácter universal y objetivo del conocimiento científico.

Y, finalmente, si no hay problemas ahora para reconocer que la cuestión central siempre pendiente, siempre renovada, es la revolución en América Latina, ello implica que la investigación del presente es también la indagación del futuro. Pero ese debate, no puede agotarse solamente en el develamiento de nuestra específica realidad social, sin que eso signifique que no sea el obligado punto de partida y de referencia. Eso hace parte del más amplio debate sobre el socialismo contemporáneo, como experiencia y como teoría, dentro y fuera de América Latina. En consecuencia, es necesario también que entren a la investigación concreta, y no solamente al intercambio de proposiciones, cuestiones hasta ahora esquivas a ella, como las experiencias y las tendencias de organización política y de formas de acción de los dominados, de las estructuras de poder entrañadas como posibilidad en ellas, de su aptitud —frente a las experiencias en curso— de llevar realmente a la democracia directa de los productores y a sus correspondientes expresiones institucionales.

Desde y dentro de esta perspectiva, desde la instancia concreta de relación entre la teoría y las necesidades de acción histórica, la investigación social y la sociológica en particular, pueden aún sostener su problemática promesa. Conscientes de ser, como lo vienen siendo, a pesar de todas sus frustraciones y de todos sus extravíos, parte integrante del proceso de hacerse de una nueva historia, de una nueva cultura.

**REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS**

- Calelo, Hugo. 1969. *Ciencia Social y Revolución en América Latina*. Caracas.
- Camacho, Daniel. (Ed.) 1979. *Debates sobre la Teoría de la Dependencia y la Sociología Latinoamericana*. San José, Costa Rica.
- Cardoso, Fernando Henrique. 1971. "Teoría da dependencia ou analises concretos da situaçoens de dependencia". Estudos CEBRAP, No. 1. Sao Paulo, Brasil.
- Graciarena, Jorge. 1967. *Poder y Clases Sociales en el Desarrollo de América Latina*. Paidós.
- Nun, José. s.f. *Los Paradigmas de las Ciencias Políticas en América Latina: del Formalismo al Marxismo Crítico*.
- Quijano, Aníbal. 1965. "Imagen y Tareas del Sociólogo en el Perú", *Revista Letras*, Lima.
- \_\_\_\_\_. 1977. Comentario a Orlando Fals Borda: "La Investigación-acción". Documentos del Seminario Internacional de Cartagena (Colombia) sobre Investigación-acción.
- Weffort, Francisco. 1971. "Notas sobre 'Teoría da dependencia': Teoría de clase ou ideología nacional". Estudos CEBRAP, No. 1. Sao Paulo, Brasil.

## RESUMEN

El profesor Quijano se propone "ordenar algunas reflexiones acerca de los modos en que sociedad y sociología se han afectado mutuamente con sus encuentros y desencuentros" durante las últimas dos décadas. Señala que en Latinoamérica esta es una etapa de grandes problemas y convulsiones que produjeron la primera gran revolución social (Cuba) y la primera gran contrarrevolución (Chile). Enumera los más importantes elementos de esa crisis, a saber: tensiones en los patrones de acumulación imperantes; expansión y diversificación del capital como relación social de producción; reconfiguración del espacio de la sociedad en las líneas de una nueva distribución de la estructura de la producción y del poder social y político; reestructuración de las relaciones de poder; tensión y conflictos hegemónicos en el Estado; y como resultado de todo esto, la creación de "diversas representaciones ideológicas", así como la consolidación de conceptos claves como "desarrollo", "subdesarrollo", "modernización", "planificación", etc. Estas circunstancias hacen que la sociología surja, junto a otras ciencias sociales, como una disciplina capaz de explicar lo que se percibía como algo urgente.

## ABSTRACT

Professor Quijano tries to express some reflections about society and sociology in Latin America and how they became mutually affected during the past two decades. He describes this period as a convulsed and problematic one which produced the first great social revolution (Cuba) and the first great counter-revolution (Chile). The more important elements of this crisis are enumerated: tension of patterns of accumulation; expansion and diversification of capital as social production relation; reconfiguration of space of society as a new distribution of the production power; tension and hegemonic conflicts within the state; and as a result, the creation of diverse ideological representations, and also the consolidation of key concepts as "development", "underdevelopment", "modernization", "planning", etc. These circumstances provoked that sociology developed beside other social sciences, a discipline capable of explaining what was perceived as something urgent.